

Mondragón 7 de Enero de 1966
Rvdo. Sr. D. Jesús San Miguel
Ondarroa

Mi querido amigo: He recibido su amable carta y le agradezco la felicitación correspondiéndole a la recíproca con idénticos votos. Por lo que se refiere a los actos de Ondarroa comprendo la posibilidad de criterios dispares y no se me ha ocurrido pensar mal de nadie y mucho menos de ningún desvío. Con esto no quiero decir que yo acaso hubiera obrado de la misma forma, pues tengo ya muchos años por delante y no siempre he podido sentirme respaldado por muchos que hayan pensado de la misma forma, sin que por ello haya tenido la sensación de haber acertado para todos pero tampoco la de que obrara mal. Así que, amigo D. Jesús, podemos seguir dialogando como amigos y como sacerdotes sin necesidad de esperar paraxello en estar previamente de acuerdo sobre tantas cosas tan complejas y tan opinables. Sigo discurrendo en voz alta para mí y cara al problema de Ondarroa y de sus hombres, no ignoro las dificultades que pudieran tener unos sacerdotes o lo precario que pudiera parecer la influencia de una acción dirigida a sus hombres. Con todo en el peor de los casos hay que considerarlos como unos hermanos, tal vez como unos hijos y sin duda como quienes al fin y al cabo acusan en su rudeza o en su ignorancia, incluso en su malicia, precisamente la necesidad de una asistencia, de una luz, de una comprensión tanto más fecundos a largo plazo cuanto más desinteresados y generosos en origen. Hay que sembrar, sembrar sin cesar; hay que saber esperar, esperar sembrando sin que aparentemente nadie tenga interés en recoger la semilla; nosotros a voleo, hasta en los zarzales en cuanto se trata de la semilla de una cultura, de una promoción, de un ejemplo, de una espiritualidad: la que ellos sean capaces de entender o tolerar. Simplemente en calidad de ciudadanos más preparados y distinguidos, como somos los sacerdotes, debemos sentirnos un tanto obligados a aportar a esos hombres lo que ellos no tienen y para colmo ni apetecen, aunque tal vez nos pudiera luego sorprender su capacidad de reacción si actuáramos noble y generosamente. El mundo está necesitado de colaboraciones que no se solicitan, incluso se repudian, máxime nuestro mundo de apostolado en el clima de un Consejo de apertura y ecumenismo.

Siempre he creído que para nosotros los sacerdotes unos de los problemas más difíciles constituye nuestro encaje en el mundo que nos corresponde vivir. A lo largo de los años se ha ido acentuando en mí la impresión de que muchos desvíos o desalientos o hasta desaciertos de acción y actitud sacerdotal provienen de la falta de campo u orientación de nuestra capacidad y vitalidad respectiva. No dudo que hoy mismo muchos de los que adoptan actitudes de dudosa justificación o se mueven en campos de actividad, no los más fecundos, son sacerdotes espoleados por una conciencia celosa, acaso elaborada y constituida por elementos de juicio poco fundados o no del todo bien informados. Acaso la marea de un descontento e inquietud contagiosa no bien concebida y proyectada

va constituyendo un fenómeno un poco peligroso si nos atenemos a sus últimas consecuencias.

Naturalmente se nos impone a todos un examen profundo, una revisión de nuestras actividades y responsabilidades: los centros de formación como son los seminarios y los prelados en su calidad de pastores necesitan estar más que nunca a una altura moral y espiritual digna y fluida.

Nada más por hoy. Opino que en nosotros no debe haber desalientos aspirando auras de fé y del Concilio y nuestra misión no es tanto influir cuanto dar testimonio contra viento y mareas de todas las oscilaciones humanas, como la semilla que se desborda y crece sin dirigir nada más que su corazón hacia los demás. Un abrazo de su affmo.